

dia? ¿Qué balanza hay en su fiel, como la que Tú tienes en la mano? ¿Qué vara hay tan derecha como la vara con que mides? ¿Qué matemático conoce, como Tú, los números y sus misteriosas armonías? ¡Cuán bien hechos están todos los prodigios que hiciste! ¡Cuán bien asentadas las cosas que asentaste, y cuán harmónicamente bellas después de bien asentadas! Abre, Señor, mi entendimiento para que entienda algo de lo que te propones en tus eternos designios, algo de lo que eternamente entiendes, y algo de lo que eternamente ejecutas; porque ¿qué sabe quien no te sabe á ti? Y quien á ti te sabe, ¿qué ignora?

Si el hombre no puede decir á Dios:—¿por qué no me hiciste ángel? ni ¿por qué no me hiciste perfecto?,—no podrá decirle á lo menos:—Señor, ¿no me valiera más no haber nacido? ¿Por qué me hiciste lo que soy? Si Tú me hubieras consultado, no hubiera recibido la vida con la facultad de perderla; el infierno me aterra más que nada.

El hombre no sabe de por sí sino blasfemar; cuando pregunta blasfema, si el mismo Dios, que le ha de dar la respuesta, no le enseña la pregunta; cuando pide algo blasfema, si no le enseña lo que ha de pedir y cómo lo ha de pedir, el mismo Dios que le ha de otorgar su demanda. El hombre no supo ni lo que había de pedir ni cómo había de pedirlo, hasta que el mismo Dios, venido al mundo y hecho hombre, le enseñó el *Padrenuestro* para que lo tomase, como un niño, de memoria.

¿Qué quiere decir el hombre cuando dice:—¿No me valiera más no haber nacido?—¿Existía, por ventura antes de existir? ¿Y qué significa su pregunta si antes de existir no existía? El hombre puede formase alguna idea de todo lo que excede su razón; por eso se forma alguna idea de todos los Misterios; sólo de lo que no existe, no puede formarse idea ninguna; por eso no se forma idea ninguna de la nada. El que se suicida, no quiere dejar de ser, quiere dejar de padecer siendo de otra manera. El hombre, pues, no expresa idea ninguna cuando

dice:—¿Por qué soy? ¹—Sólo puede expresar una idea preguntando:—¿Por qué soy lo que soy?—Esta pregunta se resuelve en esta otra:—¿Por qué soy con la facultad de perderme?—La cual es absurda por cualquier lado que se la mire. En efecto; si toda criatura, en el hecho mismo de serlo, es imperfecta, y si la facultad de perderse constituye la imperfección especial de los hombres, el que esa pregunta hace, viene á preguntar por qué el hombre es una criatura, ó lo que es lo mismo, por qué la criatura no es el Criador, por qué el hombre no es el Dios que crió al hombre. *Quod absurdum* ².

Y si no es esto lo que se quiere decir, si lo que únicamente se dice con esa pregunta es:—¿Por qué no me salvas á pesar de mi facultad de perderme?—el absurdo está más claro todavía; porque ¿qué significa la facultad de perderse, dada al que no ha de perderse nunca? Si el hombre hubiera de salvarse de todas maneras, ¿cuál sería el objeto final de la vida en el tiempo? ¿Por qué no comienza y se perpetúa en el paraíso? La razón no puede concebir que la salvación sea á un tiempo mismo necesaria y futura, como quiera que lo futuro no va sino con lo contingente, y que por su naturaleza misma es presente lo que por su naturaleza misma es necesario.

Si el hombre debió pasar sin transición á la eternidad de la nada, y vivir, desde el momento que vivió, vida gloriosa, queda suprimido el tiempo y el espacio y la creación entera hecha

¹ Pues es lo mismo que decir:—¿No hubiera sido mejor que yo no fuese?—Frase que en rigor no quiere decir nada.

² “Lo absurdo aquí, *Quod absurdum*—dice con marcial desenvoltura el Sr. Gaduel,—es afirmar que el hombre sería Dios si no tuviese la facultad “de escoger el mal.” En la primera nota de este capítulo hemos visto que los santos Padres y los teólogos más insignes dicen lo mismo que Donoso acerca de esta materia. Preguntando Bossuet en sus *Elevaciones sobre los Misterios*, cómo en una criatura tan perfecta como el ángel ha podido haber iniquidad, da la misma respuesta que el Sr. Gaduel califica de absurda: “El ángel—dice—es criatura, el ángel no es Dios. ¿Cómo se ha podido hallar (la iniquidad) en el ángel? ¿Por dónde ha podido penetrar el error en su inteligencia? ¿Cómo han podido las sombras del error oscurecer tanta claridad? ¿Cómo han podido la iniquidad y la depravación frustrar tantas gracias? En verdad que todo cuanto de la nada sale, conserva siempre algo de ella... Santificados estabais, pero no erais santos como Dios; una de vuestras perfecciones consistía en gozar de libre albedrío, pero no como el de Dios, cuya voluntad es su regla y cuyo libre albedrío es indefectible.”

para el hombre, que es su Rey. Si su Reino no había de ser de este mundo, ¿para qué este mundo? Si no había de ser temporal, ¿para qué el tiempo? Si no había de ser local, ¿para qué el espacio? Y sin el tiempo y el espacio, ¿para qué las cosas creadas en el espacio y en el tiempo? Por donde se ve que, en la suposición que vamos admitiendo, el absurdo que consiste en la contradicción que hay entre la necesidad de salvarse y la facultad de perderse, va á parar al absurdo que consiste en suprimir de un golpe el tiempo y el espacio; el cual lleva consigo el que consiste en la supresión lógica de todas las cosas creadas, con el hombre, para el hombre y á causa del hombre. El hombre no puede poner una idea humana en lugar de otra divina, sin que luego al punto el edificio entero de la creación venga abajo, sepultándose á sí mismo en sus gigantescos escombros.

Mirando esta cuestión por otro lado, puede afirmarse que al pedir el hombre el derecho absoluto de salvarse sin perder la facultad de perderse, pide, si cabe, un absurdo mayor que cuando puso pleito á Dios porque le dió la facultad de perderse; como quiera que si en este último litigio pleiteaba por ser Dios, en aquél pleitea por tener los privilegios de la divinidad siendo hombre.

Por último, si se considera atentamente este gravísimo negocio, se ve claro que no pudo convenir á las divinas excelencias salvar al ángel ni al hombre sin anterior merecimiento ¹.

¹ "He aquí otro error—dice el Sr. Gaduel refiriéndose á la siguiente proposición, que él traslada de la traducción francesa de 1851 en estos términos:—No podía convenir al poder divino salvar al hombre ni al ángel sin méritos anteriores.. El texto del Sr. Donoso dice: *no pudo convenir á las divinas excelencias* (y no al *poder divino*, como supone el Sr. Gaduel). Esta variante no deja de tener importancia, aunque no altere del todo el sentido de la frase, pues las razones que los teólogos, y entre ellos Santo Tomás, aducen para rechazar la hipótesis de la salvación anterior á todo merecimiento, no se fundan en la divina omnipotencia, sino en el orden de la divina sabiduría.

La cuestión de la posibilidad de salvarse, y por consiguiente de ser impecable una criatura, sin anteriores méritos, no es la misma que la de si es posible una criatura impecable por naturaleza. Aunque la razón no concibe una criatura que siendo impecable por sí misma, sea por ende perfecta, ó lo que es igual, sería Dios, ó en otros términos, sería y no sería criatura; puede muy bien concebir un ser inteligente que tenga por naturaleza la facultad de pecar, pero á quien Dios por gracia conceda la impeca-

Todo en Dios es razonable; su justicia como su bondad, y su bondad como su misericordia; como quiera que si es infinitamente justo, é infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, es razonable también infinitamente. De donde se sigue que no es posible atribuir á Dios, sin blasfemia, ni una bon-

bilidad en el momento de crearle. He aquí por qué Donoso ha tratado separadamente ambas cuestiones, y las ha resuelto de una manera diferente, aunque no contraria. A la primera, cuya solución está en considerar atentamente sus dos términos, *criador* y *criatura*, responde que la creación de un ser impecable es *del todo imposible*; á la segunda, cuya solución se ha de buscar en las ideas imperfectas que tenemos de la justicia y de la sabiduría de Dios, responde sencillamente que la salvación anterior á todo merecimiento, la recompensa anterior á todo combate, *no pudo convenir á las divinas excelencias*. Después muestra con argumentos irrefutables que si Dios hubiese realizado esta hipótesis, se habría cambiado todo el plan del mundo, y la creación, tal como Dios la hizo, no tendría razón de ser. De donde resulta que si se trata de salvación anterior á todo merecimiento en un mundo imaginario, y completamente diverso del que existe, la cuestión no tiene para nosotros ningún interés, y no debe, por tanto, ocupar un solo momento á un hombre de sano juicio. Pero si se trata del mundo real, como quiera que la salvación anterior á todo mérito es incompatible con el orden y las leyes de este mundo, constituye una verdadera imposibilidad. Quien leyere con atención el pasaje que el Sr. Gaduel condena tan paladinamente, verá que Donoso no se refería á mundos imaginarios, sino únicamente se propone responder á los hombres de este mundo, que quieran conservarlo tal como es, pero añadiéndole la salvación anterior á todo merecimiento, es decir, destruyéndolo para sustituirle con otro completamente diverso. Además, la doctrina de Donoso es la que Santo Tomás expone en los siguientes términos:

"La rectitud de la voluntad—dice—es necesaria para la bienaventuranza. No siendo otra cosa esta rectitud sino el orden que debe guardar la voluntad para obtener su fin último, tan necesaria es para que este fin último sea conseguido, como para dar á cualquiera materia una forma determinada lo es que el artista cumpla las condiciones adecuadas para que esta forma sea posible. No se sigue de aquí que deba preceder á la bienaventuranza operación alguna del hombre, porque Dios podría crear la voluntad de modo que tuviese simultáneamente la tendencia perpetua hacia su fin y la posesión de este mismo fin, así como á veces da juntamente á la materia las condiciones indispensables á una forma dada y esta misma forma. Pero el orden de la divina sabiduría exige que no suceda así (*sed ordo divinae sapientiae exigit me hoc fiat*). En efecto; entre los seres destinados á poseer el bien perfecto, unos, como dice Aristóteles, le poseen sin necesidad de moverse para alcanzarle, otros le alcanzan con un solo movimiento, y los hay que no llegan á él sino por un gran número de movimientos. Tener el bien perfecto de la primera manera, es propio del que lo tiene naturalmente; y como Dios es el único que tiene naturalmente la beatitud, El es también único en poseerla sin necesidad de obrar para alcanzarla. La beatitud excede á toda naturaleza creada; una mera criatura no puede, pues, obtenerla convenientemente sino por el movimiento de una operación que á obtenerla se encamine. El orden establecido por la divina sabiduría es tal, que el ángel, superior por naturaleza al hombre, ha obtenido la beatitud con el movimiento de un solo acto meritorio; pero los hombres no la alcanzan sino en virtud de un gran número de movimientos ó actos llamados merecimientos. Por eso dice el filósofo que la *bienaventuranza es la recompensa de las acciones virtuosas*.

Luego si el hombre ha menester merecimientos anteriores en él para alcanzar la

dad, ni una misericordia, ni una justicia, que no tenga sus fundamentos en la soberana razón, la cual solamente hace que la bondad sea verdadera bondad, y la misericordia verdadera misericordia, y la justicia verdadera.

La bondad que no es razonable, es flaqueza; la misericordia que no es razonable, es debilidad; la justicia que no es razonable, es venganza: y Dios es bueno, misericordioso y justo; no es débil, ni vengativo, ni flaco. Esto supuesto, ¿qué es lo que se intenta cuando se le pide en nombre de su infinita bondad la salvación anterior á todo merecimiento? ¿Quién no ve aquí que lo que se le pide, es una sinrazón, puesto que lo que se le pide, es una acción sin su motivo y un efecto sin su causa? ¡Contradicción singular! El hombre pide á Dios en nombre de su infinita bondad aquello mismo que condena diariamente en el hombre en nombre de su razón limitada: y llama en el cielo obra misericordiosa y justa aquello mismo que llama diaria-

bienaventuranza, no es porque Dios no tenga todo el poder necesario para concedérsela sin este requisito, sino á fin de que se guarde el orden en todas las cosas.

Dios constituyó á las primeras criaturas en un estado perfecto, sin disposición ni operación alguna anterior de parte de ellas, con objeto de que los primeros individuos de cada especie, así constituidos, pudiesen perpetuarla. Pues bien: como por Cristo, Dios y hombre juntamente, han de alcanzar la beatitud los demás hombres, según las palabras del Apóstol: *Llevó en pos de sí sus numerosos hijos á la gloria*, así el alma de Cristo fué bienaventurada desde el primer instante de su concepción, sin ningún anterior merecimiento. Pero este privilegio es único; pues aunque los niños que mueren recién bautizados obtengan la beatitud sin propios méritos, son, sin embargo, por el Bautismo miembros de Cristo, cuyos méritos le son aplicados. (I, 1, q. V, 7.)

Santo Tomás enseña, pues, que ninguna mera criatura se salva sin méritos anteriores: *Nulla pura creatura convenienter Beatitudinem consequitur absque motu*; que el merecimiento previo es necesario para no quebrantar el orden: *Ut servetur ordo in rebus*; que el orden de la divina sabiduría no consiente otra cosa: *Ordo divinae sapientiae exigit ne hoc fiat*. Al Sr. Gaduel le parecerá muy bien esto, y ya se miraría mucho antes de calificar de errónea una opinión del Doctor Angélico: pero ¿en qué difiere esto de lo que expresa Donoso diciendo que la salvación del hombre y del ángel sin méritos anteriores *no pudo convenir á las divinas excelencias?*

En otro pasaje—añade el Sr. Gaduel—afirma Donoso que la *salvación anterior á todo merecimiento sería una injusticia de parte de Dios*. En la traducción francesa de 1851 se sustituyen las palabras *sin razón* por la palabra *injusticia*; pero esta versión no es inexacta, como lo prueban las mismas palabras subsiguientes á la cláusula anterior, donde se lee: *Puesto que lo que se le pide es una acción sin motivo y un efecto sin causa*. El Sr. Donoso había entendido con Santo Tomás lo peligroso de formar hipótesis en que sería difícil darse cuenta de la acción divina, y tal sería ciertamente la hipótesis de la salvación anterior á todo merecimiento, en la cual radica la monstruosa opinión de Lutero y Calvino sobre la inutilidad de las obras meritorias.

mente en la tierra capricho de mujer nerviosa ó extravagancia de tiranos.

Por lo que hace al infierno, su existencia es de todo punto necesaria para que sea posible aquel perfecto equilibrio que Dios ha puesto en todas las cosas, porque está de una manera substancial en sus divinas perfecciones. El infierno, considerado como pena, está, con la gloria considerada como galardón, en un perfecto equilibrio; sólo la facultad de perderse puede formar en el hombre un equilibrio con la facultad de salvarse; y para que la justicia y la misericordia de Dios fueran igualmente infinitas, era necesario que existieran simultáneamente, como término de la primera el infierno, como término de la segunda la gloria. La gloria supone el infierno, y de tal manera le supone, que sin él ni puede ser explicada ni concebida. Estas dos cosas se suponen entre sí, como la consecuencia supone su principio, y como el principio supone su consecuencia; y así como el que afirma la consecuencia que está en su principio y el principio que contiene su consecuencia, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una cosa misma, de la misma manera el que afirma el infierno que va supuesto en la gloria, y la gloria que supone el infierno, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una misma cosa. Hay, pues, necesidad lógica de admitir esas dos afirmaciones, ó de negarlas ambas con una negación absoluta; antes, empero, de negarlas, conviene saber lo que negándolas se niega. En el hombre, lo que con negarlas se niega, es la facultad de salvarse y la facultad de perderse; en Dios, lo que con negarlas se niega, es su infinita justicia y su infinita misericordia. A estas negaciones, por decirlo así, personales, se añade otra negación real, la negación de la virtud y del pecado, del bien y del mal, del galardón y del castigo; y como con todas estas negaciones se niegan todas las leyes del mundo moral, la negación del infierno lleva envuelta lógicamente en sí la negación del mundo moral y de todas sus leyes. Y no se diga que el hombre podía salvarse sin ir á la gloria y perderse sin ir al infierno, porque todo lo

que no sea ir á la gloria ó ir al infierno, ni es pena ni es galardón; no es perderse ni salvarse. La justicia y la misericordia de Dios, ó no son, ó son de una manera infinita; siendo infinitas, se han de terminar, por una parte en el infierno, y por otra parte en la gloria; ó han de ser vanas, que es otra manera de ser como si no fueran.

Ahora bien; si esta laboriosa demostración da por resultado, por una parte, que la facultad de salvarse supone necesariamente la facultad de perderse; y por otra, que la gloria supone necesariamente el infierno, se sigue de aquí que el que blasfema contra Dios porque ha hecho el infierno, blasfema contra Dios porque ha hecho la gloria; y que el que pide estar exento de la facultad de perderse, viene á pedir estar exento de la facultad de salvarse.

CAPÍTULO III

MANIQUEÍSMO. — MANIQUEÍSMO PROUDHONIANO

Cualquiera que sea la explicación que pueda darse del libre albedrío del hombre, no cabe duda sino que éste será siempre uno de nuestros más grandes y pavorosos misterios: en todo caso es fuerza confesar que la facultad dejada al hombre de sacar el mal del bien, el desorden del orden, y de turbar, siquiera sea accidentalmente, las grandes armonías puestas por Dios en todas las cosas creadas, es una facultad tremenda; y considerada en sí, sin relación á lo que la limita y la contiene, hasta cierto punto inconcebible. El libre albedrío dejado al hombre es un don tan alto, tan trascendental, que más bien parece por parte de Dios una abdicación que una gracia: ved, si no, sus efectos:

Tended los ojos por toda la prolongación de los tiempos, y veréis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese río en que la humanidad va navegando: allí viene haciendo cabeza de motín Adán el rebelde, y luego Caín el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tumulto, en el ancho buque que no tiene capitán, las turbias corrientes del gran río, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulación su-